

Elvira Roca Barea

IMPERIOFOBIA Y LEYENDA NEGRA

ROMA, RUSIA, ESTADOS UNIDOS

Y EL IMPERIO ESPAÑOL

Prólogo de Arcadi Espada



SIRUELA BIBLIOTECA DE ENSAYO

Elvira Roca Barea

Imperiofobia y leyenda negra

Roma, Rusia, Estados Unidos
y el Imperio español

Prólogo de Arcadi Espada

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 130 (Serie Mayor)

Edición en formato digital: septiembre de 2022

1.ª edición: octubre de 2016

Edición revisada y ampliada: octubre de 2022

En cubierta: Escudo de armas concedido por el emperador Carlos V a los descendientes de los incas Gonzalo Uchu Hualpa y Felipe Tapa Inga Yupanqui, hijos de Huayna Capac y nietos de Tupa Inga Yupanqui / Ministerio de Cultura y Deporte, Archivo General de Indias, AGI, MP-ESCUDOS, 78.

Colección dirigida por Ignacio Gómez de Liaño

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© M.ª Elvira Roca Barea, 2016, 2021

© Del prólogo, Arcadi Espada

© Ediciones Siruela, S. A., 2017, 2022

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-44-6

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Una leyenda y una verdad

ARCADI ESPADA

IMPERIOFOBIA Y LEYENDA NEGRA

Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español

Nota a esta edición

Introducción

PARTE I

IMPERIOS Y LEYENDAS NEGRAS: LA INSEPARABLE PAREJA

1 Leyenda negra: origen y significado de la expresión

La definición y negación de la leyenda negra

2 Los imperios

Del *imperium* al imperialismo

A vueltas con el concepto de imperio

3 Roma y su leyenda negra

Roma como Imperio Inconsciente

La destrucción de Corinto (147 a. C.)

Los oráculos

4 Antiamericanismo: la leyenda negra contra Estados Unidos

Antisemitismo

Antiamericanismo en España
La Europa alejandrina y Estados Unidos
La colisión con el islam

5 La rusofobia antes y ahora

España y Rusia
El nacimiento de la rusofobia: la Francia ilustrada
El invento de la civilización
El miedo y la profecía
Rusia como Imperio Inconsciente
De Napoleón a Gran Bretaña y la guerra de Crimea
Marx y Bakunin: la esclavofobia y el racismo
Rusia hoy

6 La imperiofobia: modelo universal

PARTE II

LA HISPANOFOBIA EN LA ÉPOCA IMPERIAL: ORÍGENES Y FISONOMÍA

1 Italia

Sangre mala y baja: marranos y godos
Roma y el Imperio español
La Administración imperial
La defensa de Italia
Il Capitano Spavento y Lope de Vega
Amor y odio

2 El Sacro Imperio, Países Bajos e Inglaterra:
¿guerras de religión o guerras antiimperiales?
El auge de los nacionalismos
contra la Universitas Christiana

3 Alemania: protestantismo y regresión feudal
Martín Lutero y su contexto

La invención de la propaganda
La guerra civil en el Sacro Imperio
Persecución de los católicos y otros

4 Inglaterra: de las *Invencibles* a Tony Blair

El frente anglicano de propaganda
Persecuciones religiosas en Inglaterra
La Invencible española y la Invencible inglesa
La ley del silencio

5 Los Países Bajos: el triunfo definitivo de la propaganda

Los hechos y los mitos
La guerra civil en los Países Bajos
La «guerra de papel»:
la creación del Demonio del Mediodía
Persecuciones religiosas en Holanda

6 La Inquisición y la Inquisición

El mito de la Inquisición
El Santo Oficio: algunos datos
Las brujas
Los ojos del señor inquisidor

7 América

El estilo español de imperio:
ciudad, camino y hospital
Propaganda: de fray Bartolomé
a la izquierda indigenista
De las Leyes de Indias al Derecho Internacional
«¿Cuándo se jodió el Perú?»

8 El Imperio español y la primera globalización

Primera globalización: concepto y causas
El siglo xv en los reinos ibéricos:
las condiciones de necesidad

Motivos para el olvido

Ad aspera per astra: abriendo camino

hacia los mercados de Asia

La conexión Imperio Habsburgo-Imperio Ming

Globalización y mundo virreinal

PARTE III

LA LEYENDA NEGRA DESDE LA ILUSTRACIÓN
A NUESTROS DÍAS.

1 La hispanofobia en el Siglo de las Luces

Llegan las pelucas: la hispanofobia ilustrada

Un vistazo al exterior

La imperiofobia y la Ilustración: antiamericanismo,
leyenda negra, rusofobia y el fracaso imperial francés

La lucha a muerte por la administración de la moral:
la destrucción de la Compañía de Jesús

La censura universal y el *Index* inquisitorial

El triunfo definitivo de la ley del silencio

2 El siglo XIX: nacionalismo, liberalismo y racismo científico

Historia y propaganda:

el triunfo de la historia nacionalista

La confusión de literatura e historia

La leyenda negra como argumento del
racismo científico y del colonialismo. Los españoles
como raza degenerada y semita-antisemita

Asumiendo la leyenda negra: los fantasmas
del liberalismo español

3 Siglos XX y XXI. A modo de conclusión

Aceptar la derrota es merecerla

El Imperio Viejo y el Imperio Nuevo:

de la guerra de Cuba a la revisión histórica
Cine y televisión
La crisis de 2007:
España y la prima de riesgo (PIGS y GIPSY).
Aquellos españoles y estos españoles
Reflexiones finales:
lo Cortés no quita lo Cuauhtémoc

Bibliografía

Agradecimientos

«No es un hombre más que otro si no hace más que otro».

MIGUEL DE CERVANTES

Una leyenda y una verdad

Solo hay una leyenda negra y es la española. Rechace imitaciones. Este es el mensaje, cargado de beligerancia, conocimiento y ardor, que M.^a Elvira Roca Barea transmite a los lectores de este libro excepcional. Una historia de España, y por tanto también del Imperio, escrita por el dorso. «Cuando te den papel pautado escribe por el otro lado», rimaba el poeta. Y eso es precisamente lo que se ha propuesto hacer la autora: con los hombres, desde Felipe II a Tony Blair, y con los documentos. Debo pararme en esta última formalidad: la manera cómo nuestra ensayista levanta a pulso las toneladas de papel de propaganda cernidas sobre la indolente España es puramente admirable. Y como me dedico desde hace muchos años a un trabajo similar tengo autoridad para añadir que también es envidiable. M.^a Elvira Roca Barea pertenece a esa clase de críticos que leen con un portentoso oído y que detectan con una glacial agudeza las farsas de la propaganda distribuida a lo largo de las épocas. Ese oído es una condición inexcusable de la gran historia, que ocupándose de hechos ha de ocuparse también de los hechos de mentira y darles su lugar aparte. Este libro es un virtuoso ejemplo de cómo se cumple con esta obligación.

Las famosas y gastadas alusiones al excepcionalismo español, o expañol, siempre me recuerdan las elucubraciones sobre la conciencia de muchos dualistas vergonzantes. Se trata de personas instruidas e inteligentes que han reflexionado profundamente sobre la

naturaleza y la conducta humanas, y que saben que nada puede explicarse sin algo. Es decir, saben que la materia es el punto de partida de cualquier explicación razonable, pero al mismo tiempo, y atormentados tal vez por el misterio, añaden que la conciencia no puede explicarse completamente por la interacción de la materia. Lo mismo sucede con el excepcionalismo español. Es difícil que alguien admita la posibilidad de que la historia española se rija, en líneas generales, al margen de las circunstancias de países próximos. Pero inmediatamente después de haber aceptado eso hay quien entra en una especie de letárgico recogimiento y acaba siempre mascullando: «Pero algo tiene que haber...».

Este libro da numerosos ejemplos de hasta qué punto no hay nada al margen de algo. Ni siquiera la obstinada indolencia con que España ha reaccionado a las mentiras que han proyectado los otros sobre ella es estrictamente característica. Los Estados Unidos reaccionan hoy ante la imperiofobia en parecidos términos a como lo hacían los españoles del siglo XVI y del XVII... y a como siguen haciéndolo. La diferencia es que los Estados Unidos es el imperio más poderoso que ha conocido la humanidad y España una nación trabada, cuya única relación con el imperio del pasado es, precisamente, esa indolencia ante los insultos y las falsedades, mucho más peligrosa, como demuestra la crisis de deuda, cuando se proyecta sobre un organismo frágil.

Ante el fracaso general y admitido de la hipótesis excepcionalista yo he tomado desde hace tiempo una reserva que este libro confirma con poderes fácticos. Hay algo en la historia española que no tiene analogías fáciles en las historias cercanas. Y es «esa voluntad, ciertamente empecinada, de vivir juntos los distintos», para decirlo en las palabras que usó Cayetana Álvarez de Toledo en el discurso de presentación de Libres e Iguales. En este sentido, el libro de María Elvira Roca Barea reúne un

espectacular acopio de datos que recorre las épocas desde la propia matriz de la acusación xenófoba. Es decir, como dice: «No está aquí fuera de propósito recordar que las expulsiones de judíos fueron una constante en la Europa tardomedieval y moderna: Inglaterra en 1290, Francia en 1306, etcétera, y no cosa particularmente española. Todas fueron más duras que la que aquí se produjo y no se dio a los judíos la posibilidad de convertirse ni de enajenar sus bienes».

Nuestra ensayista ha conseguido con este libro algo de extremada dificultad en esta época. Ha hecho de España un país simpático. Esta es su mayor victoria contra el excepcionalismo, porque cualquier aventura humana, observada con la resignación a que obliga la muerte, acaba ganándose el corazón de sus pares. Es el momento de decir que su logro es el de una escritura tempestuosa, apasionada, el de una discusión inacabable y por momentos violenta, el de un punto de vista que va río arriba, pero que no olvida que la estrategia del salmón no la exime de la ecuanimidad y de la presentación rigurosa de las pruebas. Una escritura también simpática, pero en el sentido que lo es una voladura controlada.

Así pues, curioso lector, lee este libro, nutritivo y ameno, hasta el final. Verás cómo a partir de ahora dirás sin vacilación ni miedo alguno leyenda negra. Pero, a diferencia de la costumbre, cargando fieramente la suerte por el sustantivo.

ARCADI ESPADA

Barcelona, a 31 de agosto de 2016

IMPERIOFOBIA Y LEYENDA NEGRA

Roma, Rusia, Estados Unidos
y el Imperio español

Nota a esta edición

Aprovecho esta nueva edición para agradecer a los lectores la calurosa acogida que le han dado a mi trabajo. He recibido tanto cariño y tanta gratitud que en verdad me siento autorizada a afirmar que la habitual creencia que dice que España es un país lleno de envidiosos del éxito ajeno es falsa de toda falsedad. Este es, en realidad, un país tremendamente agradecido, a poco que se haga por él.

Esta edición incorpora nueva bibliografía y actualiza los enlaces a las páginas web. El capítulo 2 titulado *Los imperios* (en las ediciones anteriores: *Los imperios: del imperium al imperialismo*) ha sufrido importantes modificaciones y aparece dividido en dos partes: «Del imperium al imperialismo» y «A vueltas con el concepto de imperio». Hay además dos capítulos totalmente nuevos: «El Imperio español y la primera globalización» (capítulo 8, Parte II) y «*Reflexiones finales: lo Cortés no quita lo Cuauhtémoc*» (Parte III). Finalmente se ofrece al lector una bibliografía completa y un índice de nombres propios.

MARÍA ELVIRA ROCA BAREA

Introducción

Se procurará en lo que sigue no incurrir en resbaladizas disquisiciones morales sino dejar constancia de los hechos. No porque los actos humanos colectivos o de naturaleza histórica deban estar libres de juicio moral, sino porque antes de aplicar el dictamen de bueno o malo en estos, como en todos los casos, hay que determinar cuáles son esos hechos. Por otra parte, el juicio moral en la historia es planta muy delicada y suele ser arrastrada por prejuicios conscientes e inconscientes. Es relativamente fácil juzgar un acto humano individual, y aun así a veces resulta muy arduo. Cuando empiezan a multiplicarse exponencialmente los factores en juego, las causas y los efectos interaccionan entre sí de manera tan apretada y circular que no se puede determinar con honradez cuál es la causa y cuál el efecto. Frente a este desafío, no hay más receta para ser honrado que la humildad.

Es posible (o no) que el ser humano fuese más feliz viviendo en un estado de perfecta igualdad edénica y que este ideal sea moralmente superior a otros, pero el hecho es que ni los mansos franciscanos ni los más circunspectos budistas lo han conseguido. Guste o no a los perseguidores de utopías, la verdad es que la mayoría de los seres humanos prefiere ser rico a ser pobre y que no hay grupo de nuestra especie con un mínimo éxito reproductivo que no viva bajo alguna forma de organización jerarquizada. La jerarquía y el poder existen en todas las sociedades humanas y también en otras muchas no humanas. Quizá sería muy bonito que no fuera así, pero para nuestra

desgracia desconocemos cómo se organizan los cuerpos sin esta ley de la gravedad social. Algunos antropólogos piensan que el éxito evolutivo del *Homo sapiens* frente al neandertal se debió a que fue capaz de organizar (jerarquizar) grupos numerosos, mientras que el neandertal vivía en pequeños clanes familiares de unas veinte personas y no construyó unidades mayores. Quizá eran muy sabios y no quisieron, pero de ellos solo sabemos una cosa cierta y es que se extinguieron.

Alguien manda siempre, y solemos odiar o admirar a quien lo hace por el mero hecho en sí, ciega e irreflexivamente, cuando el verdadero asunto moral es cómo manda el que manda cuando le toca mandar. Porque nadie manda mucho tiempo sin el consentimiento explícito o silencioso de los mandados. El mando es responsabilidad, y el que manda tiene que asumir muchas responsabilidades y hacerles frente. No puede desertar de ellas o perderá el mando. Asume riesgos, toma decisiones, enfrenta errores. Por eso es tan cómodo que mande otro.

Desde que tenemos noticia de nosotros mismos, vemos que los seres humanos han tendido a crear enormes estructuras sociopolíticas que llamamos «imperios». Si nos atenemos a la definición extensiva, un imperio es una organización política independiente que tiene al menos un millón de kilómetros cuadrados. Y eso no es algo nuevo hoy, cuando podemos cómodamente viajar al lugar más distante del globo en menos de veinticuatro horas. Esto ha ocurrido desde los comienzos de nuestra historia, cuando desplazarse sobre la superficie del planeta era trabajoso y arriesgado, y la mayor velocidad se alcanzaba a lomos de un caballo o sobre frágiles naves sujetas al albur impredecible de los vientos. Pero tales dificultades no parecen haber arredrado a nuestros antepasados, que se empeñaron y lograron construir un imperio tras otro. Partamos del axioma de que el ser humano no es por naturaleza suicida y de que tiende a obrar en su mayor

beneficio. Si esto es así, alguna ventaja ha debido hallar nuestra especie en estas macroestructuras políticas. De otro modo no se entiende que hayan surgido una y otra vez, siglo tras siglo y en todo el planeta.

A este misterio hay otro que lo acompaña. Lo podemos llamar leyendas negras o imperiofobia. La primera expresión tiene la ventaja de aludir a la naturaleza evanescente y escurridiza de estos prejuicios, y la segunda, de poner de relieve que se trata de una clase especial de prejuicios, mejor organizados y promovidos, al menos en su origen, que los otros. Los españoles hemos creído durante décadas que este enojoso asunto era un rasgo exclusivo de nuestra historia. Nada más lejos de la realidad. Las leyendas negras son como el principio de acción y reacción de la física aplicado a los imperios. Nuestro propósito con este libro es comprender por qué surgen, qué tópicos las configuran y cómo se expanden hasta llegar a ser opinión pública y sustituto de la historia.

Dos puntos conviene aclarar antes de proseguir. El primero tiene que ver con el tema de este libro, que está irremediablemente vinculado a creencias e ideologías. Y sé que la primera tentación de muchos lectores será saber desde qué punto de vista ideológico está escrito, para así determinar si le merece confianza o si vale la pena leerlo. No veo inconveniente en facilitar este escrutinio. No tengo vínculo de ninguna clase con la Iglesia católica. Pertenezco a una familia de masones y republicanos y no he recibido una educación religiosa formal. Auscultándome para ofrecer al lector una radiografía lo más precisa posible, me he dado cuenta de que la persona de religión con quien más trato he tenido ha sido el reverendo Cummins de la parroquia baptista de Harvard St. (Cambridge, MA), un hombre bueno y un cristiano ejemplar. No comparto con el catolicismo muchos principios morales. Las Bienaventuranzas me parecen un programa ético más bien lamentable y poner la otra mejilla es pura y simplemente

inmoral, porque nada excita más la maldad que una víctima que se deja victimizar. Defenderse es más que un derecho: es un deber. Dos principios católico-romanos me resultan admirables y los comparto sin titubeo, a saber: que todos los seres humanos son hijos de Dios, si lo hubiera, y que están dotados de libre albedrío. Es extraordinario que la Iglesia católica jamás haya coqueteado con esa idea aberrante, madre de tantos demonios, entre ellos el racismo científico, que es la predestinación.

Ahora, la política. Siempre he tenido dificultades para decidir si soy de izquierdas o de derechas. Está claro que las economías planificadas han demostrado ser un fracaso, y que la libertad política va ligada a la libertad económica. Por otra parte, la vertiente de religión política de las ideologías tradicionalmente llamadas de izquierda me asusta. Ahora bien, el Estado debe ser delgado y fuerte, no gordo y débil como los que tenemos ahora, porque de otro modo no podrá garantizar un mínimo de justicia social y una economía de mercado realmente libre.

El segundo y último particular tiene que ver con la bibliografía, con eso que María Rosa Lida de Malkiel llamaba con tanto acierto «el vértigo bibliográfico». No someteré al lector al tormento de miles de notas bibliográficas. La que se ofrece es concisa y en modo alguno exhaustiva. De estos hilos podrá tirar quien esté interesado en algún punto concreto.

PARTE I

IMPERIOS Y LEYENDAS NEGRAS: LA INSEPARABLE PAREJA

Leyenda negra: origen y significado de la expresión

Para entender la historia del sintagma «leyenda negra» hay que seguir la pista de varios hilos que se entrecruzan en distintos puntos. El proceso es interesante en sí y nos va a ayudar a comprender mejor el fenómeno histórico que designamos con la unión de estos dos términos.

La expresión «leyenda negra» nace a partir de otra semejante y de significado opuesto: «leyenda áurea». Es una antítesis cuyo origen hemos de situar en la obra del dominico Santiago de la Vorágine (1230-1298) titulada *Legenda sanctorum* o *Legenda aurea*, una colección de hagiografías. Para dar idea de la popularidad inmensa de esta obra, baste señalar que se conservan en torno a mil manuscritos e incunables del texto y sus variantes. Fue leída durante los siglos finales del Medievo y el Renacimiento. En 1500 ya se habían publicado setenta y cuatro ediciones latinas, tres traducciones al inglés, cinco al francés, ocho al italiano, catorce al bajo alemán y seis al español.

El erasmismo, haciendo gala de la soberbia intelectual que heredó del Humanismo, arremetió duramente contra la *Legenda aurea* de De la Vorágine en el siglo XVI. El propio Juan Luis Vives en *De disciplinis* no tiene piedad. Pero el ataque furioso del erasmismo no hizo mucha mella en la popularidad de la obra. Su influencia fue inmensa en

pintura, escultura, relieves, etcétera. Bellísimos frescos, retablos y toda clase de representaciones de Fra Angélico, Signorelli o Piero della Francesca tienen su origen en De la Vorágine. La imagen de san Jorge clavando su espada al dragón o la de san Martín de Tours partiendo su capa por la mitad, se remontan a los deliciosos cuentecillos de De la Vorágine. Cualquier lector que haya leído a Berceo se hará a la idea de cómo es aproximadamente la colección del dominico. Las críticas inmisericordes no hicieron que se leyera menos¹.

Las traducciones y ediciones hispanas de la *Legenda aurea* de De la Vorágine se llamaron *Flos sanctorum*. Su popularidad fue tal que generó obras semejantes no solo en la Edad Media sino mucho después, y así, por ejemplo, en el siglo xvii el jesuita Pedro de Ribadeneyra escribió un *flos sanctorum* en tres tomos. El Romanticismo, con su fascinación por la Edad Media y por el lado irracional de la existencia, sintió un gran interés por la *Legenda aurea*. Esto sucedió dentro y fuera del catolicismo, lo que explica la canonización en 1815 de Santiago de la Vorágine. Su obra fue objeto de estudios y ediciones filológicas en latín (Londres y Nueva York, 1897); en inglés (Londres y Nueva York, 1900); en francés (París, 1843, 1902 —dos ediciones—, 1908), etcétera.

Existía por lo tanto una expresión «leyenda dorada» o «leyenda áurea» fácilmente comprensible por referencia a un texto hiperfamoso que además la había originado. Vamos ahora con las primeras apariciones del sintagma «leyenda negra». El historiador Luis Español Bouché remonta su origen hasta 1893 y lo documenta en francés, *legende noir*. En esta fecha se publicó una obra de Arthur Lévy titulada *Napoleon intime* (París: E. Plon, Nourrit et Cie, 1893). Ahí encontramos el siguiente párrafo: «Sin embargo, al estudiar con rectitud la vida del emperador, se ve de inmediato cómo la realidad acaba zafándose de las leyendas, tanto de la dorada como de la que podemos

llamar leyenda negra napoleónica. He aquí esa realidad; Napoleón ni fue un dios ni un monstruo». *Napoleon intime* fue pronto traducida al español y publicada en la colección Nelson.

En España el uso de la frase puede retrotraerse hasta 1899, cuando el padre Cayetano Soler en su obra *El fallo de Caspe*, dedicada al compromiso de todos conocido, la emplea en los siguientes términos: «Digamos desde luego que tan falsa es la leyenda de oro de nuestros reyes catalanes como la leyenda negra de los reyes de castellana alcurnia»².

Este mismo año, Emilia Pardo Bazán emplea por primera vez la expresión «leyenda negra» para referirse a la propaganda antiespañola. Esto sucede el 18 de abril de 1899 en la Sala Charras de París durante una conferencia titulada «L'Espagne de hier et celle d'aujourd'hui». La Société de Conférences parisina, respondiendo al interés que existía en Europa en este momento por saber qué iba a pasar con España después de la pérdida de los últimos restos de su imperio, invitó a doña Emilia. Los franceses, como buenos vecinos, estaban especialmente preocupados. Doña Emilia pronunció su conferencia en francés, idioma que hablaba muy bien. Aquí se vale de la frase «leyenda negra» varias veces:

En el extranjero se saben de sobra nuestras desdichas, y aun no falta quien con mengua de la equidad las exagere; sirva de ejemplo el libro reciente de M. Yves Guyot, que podemos considerar como *tipo de leyenda negra, reverso de la dorada*. La *leyenda negra española* es un espantajo para uso de los que especialmente cultivan nuestra entera decadencia, y de los que buscan ejemplos convincentes en apoyo de determinada tesis política.

Nos acusa *nuestra leyenda negra* de haber estrujado las colonias. Cualquiera que venga detrás las estrujará el doble, solo que con arte y maña.

Tengo derecho a afirmar que *la contraleyenda española, la leyenda negra*, divulgada por esa asquerosa prensa amarilla, mancha e ignominia de la civilización en Estados Unidos, es mil veces más embustera que la *leyenda dorada*. Esta, cuando menos, arraiga en la tradición y en la historia; la disculpan y fundamentan nuestras increíbles hazañas de otros tiempos; por

el contrario, la *leyenda negra* falsea nuestro carácter, ignora nuestra psicología, y reemplaza nuestra historia contemporánea con una novela, género Ponson du Terrail, con minas y contraminas, que no merece ni los honores del análisis³.

Obsérvese que en los tres autores mencionados (Arthur Lévy, Cayetano Soler, Emilia Pardo Bazán) el sintagma «leyenda negra» aparece tras la frase «leyenda dorada», porque está todavía muy vinculado al que le ha dado origen, como contrapunto y antítesis suyo. Aún no ha adquirido independencia suficiente como para que sea fácil comprenderlo sin el apoyo de la frase que lo ha originado.

La conferencia de doña Emilia no pasó desapercibida. Fue profusamente comentada dentro y fuera de España, pero sobre todo dentro. A partir de este momento la expresión «leyenda negra» corre como la pólvora en la prensa española, lo cual es muy sintomático del estado de ánimo en que se halla el país. Ya el jueves 20 de abril aparece en *La Época* un comentario escrito por Joaquín Maldonado Macanaz titulado «Dos leyendas». El 22 de abril, el texto en francés se publica en la *Revue Politique et Littéraire. Revue Bleue*, y el mismo día *Blanco y Negro* cubre con abundante información la noticia social del acto. En mayo, doña Emilia se encargará de publicar a sus expensas el texto de su conferencia en español, con otros textos atinentes al caso. A partir de este momento los ejemplos en prensa se multiplican: *La Época* (17-mayo-1899), *El siglo futuro. Diario Católico* (6-junio-1899), *El Liberal* (30-junio-1899), *La Escuela Moderna. Revista pedagógica hispano-americana* (18-junio-1900)⁴...

Un nuevo impulso, por si alguno necesitaba, vendrá del empleo que Vicente Blasco Ibáñez hace de la expresión en 1909 en dos conferencias dadas en Buenos Aires: «La Argentina vista por España» y «La leyenda negra de España». Decía don Vicente en el teatro Odeón, lleno a rebosar en aquella ocasión: «Quiero hablaros de la leyenda

negra de España, surgida como consecuencia de opiniones falsas vertidas en varios siglos de propaganda antipatriótica [...]. Entremos ahora en el terreno de la conferencia que, como antes he dicho, lleva por título *La leyenda negra de España*, título un poco vago que parece pudiera referirse a todo aquello que en nuestro pasado se refiere a la intolerancia religiosa. No es así, sin embargo. Sobre España hay dos leyendas: la leyenda dorada y la leyenda negra». Blasco Ibáñez se valió bastantes veces de esta expresión a un lado y otro del Atlántico, y así la revista *La correspondencia de España* («España y la exposición», 27-julio-1909) comenta: «En estos días tenemos aquí a Blasco Ibáñez, que en una serie de conferencias históricas ha roto gallardamente lanzas por el buen nombre de España. Al tratar de destruir la leyenda negra de España, esa leyenda de calumnias y de infamias grotescamente formada por historiadores extranjeros para desprestigiar a nuestro país, decía Blasco Ibáñez: “Nuestra nación no es una nación decadente porque hoy camina al nivel de las grandes naciones europeas...”».

Cuando Julián Juderías usa la expresión «leyenda negra» en 1914 para dar título a su libro, esta ya está completamente consolidada en el uso. En honor a la verdad hay que decir que Juderías nunca pretendió ser el creador de la frase. Ahora bien, sin el éxito de su obra, esta expresión probablemente no habría tenido la historia y el significado que tiene. El trabajo de Juderías se publicó en cinco entregas sucesivas en 1914 en *La Ilustración Española y Americana* con el nombre «La leyenda negra y la verdad histórica». Obsérvese que Juderías ya no necesita adjetivar la expresión, lo que indica que es perfectamente comprendida por sus lectores.

El texto fue editado de nuevo en 1917 (Barcelona: Araluce). Esta segunda edición presenta el texto bastante refundido, aumentado y con provisión de nuevas indicaciones bibliográficas. También el título cambia: *La*

leyenda negra: Estudios acerca del concepto de España en el extranjero. La obra de Juderías adquiere aquí su configuración definitiva y las sucesivas ediciones y traducciones que se han hecho de ella siguen con pocas variaciones la edición de Barcelona.

¿Quién es Julián Juderías? Ante todo un hombre de mundo. Había nacido en Madrid, en el seno de una familia en la que hablar más de una lengua era lo normal. En casa aprendió inglés, francés y alemán. Luego lo mandaron, no sin esfuerzo, porque era gente culta pero no rica, a la Escuela de Lenguas Orientales de París, porque el joven Julián Juderías Loyot daba muestras de un talento fuera de lo común para los idiomas. Llegó a dominar dieciséis lenguas: francés, inglés, alemán, búlgaro, húngaro, croata, ruso, serbio, danés, italiano, portugués, noruego, sueco... El ruso fue una de sus lenguas preferidas y tradujo a Gógol, Pushkin, Gorki... También vertió al castellano obras literarias procedentes del portugués, el sueco o el húngaro. Durante tres años, hasta 1903, vivió en Odesa. Allí trabaja en el consulado español, que le había nombrado *oficial de lenguas*. Tiene en este momento veinticinco años⁵. Durante este tiempo el joven Juderías comprende hasta qué punto la opinión pública europea tiene una visión distorsionada de Rusia y se interesa por entender este fenómeno, que pronto relaciona con la propaganda antirrusa que, con centro en Alemania, Francia y Gran Bretaña, pulula a sus anchas por el continente sin réplica alguna. Fruto de estas inquietudes será *Rusia contemporánea* (Madrid: Imp. Fortanet, 1904), una de sus primeras obras. Puede decirse que con ella Juderías abre un camino nuevo en el campo de los estudios históricos. Seguramente es el primero en darse cuenta de que las propagandas antiimperiales existen, y de que se fabrican imágenes arquetípicas negativas con el fin de perjudicar a las naciones a las que se teme.

La publicación de *La leyenda negra* le traerá reconocimiento público y académico, y se le nombrará

miembro de la Real Academia de la Historia poco antes de morir. Pero no serán estos sus únicos trabajos. Es autor de muchísimos ensayos y artículos publicados en prensa, docenas de traducciones de distintas lenguas, trabajos de investigación históricos y un buen número de estudios sociopolíticos al servicio de los distintos ministerios en los que trabajó. Juderías fue un funcionario ejemplar que nunca alcanzó ningún puesto de relevancia, pero que sirvió a su país con todo su talento y su capacidad. Trabajó con ahínco para el Instituto de Reformas Sociales y se ocupó de delincuencia juvenil, trata de blancas y prostitución, protección de menores, mendicidad, pequeños créditos urbanos y rurales (lo que hoy llamamos microcréditos), etcétera. Publicó así *La miseria y la criminalidad en las grandes ciudades de Europa y América* (1906) con el propósito de ofrecer al Ministerio de Estado una mejor comprensión de esta lacra social y fórmulas para acabar con ella, o al menos reducirla. Más tarde escribió *El problema de la mendicidad: medios prácticos para resolverlo* (1909). Una de las grandes preocupaciones de Juderías fueron los niños desamparados. En 1910 publicó *Los tribunales para niños: medios para implantarlos en España*, y en 1912 *La infancia abandonada: leyes e instituciones protectoras*. Gracias a su trabajo y esfuerzo, España desarrolló y amplió una legislación que ya era bastante novedosa sobre menores y que fue en su tiempo de las más avanzadas del mundo.

Ahora debemos tratar siquiera brevemente de la palabra, aparentemente inocente, «leyenda». Su significado actual no es ajeno a la historia de España y a la propaganda antiespañola. El origen del término es el participio de futuro pasivo del verbo *lego*: lo que se ha de leer, cosas que se han de leer. El primer sentido que recoge nuestro diccionario académico es «acción de leer». Luego viene «obra que se lee». La acepción siguiente remite ya a De la Vorágine: «historia o relación de la vida de uno o más

santos». Las acepciones primeras han vivido en el uso vulgar hasta hace poco. Recuerdo haberle oído a un anciano de mi pueblo (El Borge, Málaga) en la década de los ochenta (él también tenía alrededor de ochenta años) la frase: «De la leyenda de los libros sabes más que yo, pero de la leyenda de la vida, sé yo más que tú». El sentido nuevo, el que procede del protestantismo, aparece en el Diccionario de la Real Academia en cuarto lugar: «relación de sucesos que tienen más de tradicionales o maravillosos que de históricos o verdaderos».

«Leyenda» como narración tradicional que no se ajusta a la verdad histórica es una extensión conceptual que nace con la reforma protestante y se extiende al castellano y otras lenguas romances con el Romanticismo y a partir del sentido nuevo que el término adquiere en inglés. En lengua inglesa este corrimiento semántico se produce en los inicios del protestantismo al considerar que la *Legenda aurea* es una fantasía que carece de fundamento. Nace también, en consecuencia, a partir de la popular obra de Santiago de la Vorágine. Quiere decirse que no solo la expresión «leyenda negra» sino el mero sentido actual de la palabra «leyenda» procede del protestantismo y de las guerras de religión. Tras la ruptura de Enrique VIII con Roma, el término inglés *legend*, que remitía a la popular obra de De la Vorágine y a la hagiografía católica, desplazó su valor al de narración de dudosa veracidad⁶. En el siglo xvi los protestantes ingleses y otros aprovecharon los ataques del erasmismo para arremeter contra la popularísima *Legenda aurea* del dominico. Los santos y mártires de la Reforma eran reales, mientras que los santos y mártires católicos no eran más que personajes de cuentos. Precisamente por eso la palabra «leyenda» varió su sentido. La hagiografía protestante era cierta; la hagiografía católica era *leyenda*. Para demostrar esto se escribió, por ejemplo, *El libro de los mártires* de John Foxe (1516-1587). Esta obra es fundamental para entender la

opinión común de los ingleses sobre María Tudor o sobre la Iglesia católica y los católicos. Su influencia ha sido enorme en la creación de la opinión popular durante siglos⁷. La primera edición, tras diversos avatares, se publicó en latín en Basilea en 1559 con el título *Acta et Monumenta*, pero pronto fue conocida como *The book of martyrs containing an Account of the sufferings and death of the protestants in the reign of Queen Mary the First*. El éxito fue enorme y Foxe pasó a ser «England's first literary celebrity». En la Parte II de este libro volveremos sobre la obra de Foxe, una poderosísima máquina propagandística. Ahora nos limitaremos a señalar que la moderna crítica no ha sido demasiado piadosa con la veracidad de las hagiografías protestantes de Foxe, aunque nadie niega su genial capacidad para generar mitos, usando aproximadamente los mismos procedimientos que Santiago de la Vorágine⁸. A partir de este momento, en lengua inglesa, *legend*, por asociación con De la Vorágine, se desliza durante el siglo XVI del sentido que tenía semejante a «lectura», muy dependiente de su valor latino, al de narración poco o nada creíble.

El sintagma «leyenda negra» resultó afortunado y vino oportunamente a darle un nombre propio a un malestar que se sentía desde antiguo. De este modo se vinculó con tal fuerza a la propaganda antiespañola que no necesita el gentilicio, ni en español ni en otras lenguas. *Black legend*, *legènde noir*, *leggenda nera*... son por definición la española y no se suelen acompañar de adjetivo. Es indiscutible que leyenda negra y propaganda antiespañola hayan llegado casi a equipararse es un proceso que cuaja con el libro y por el libro de Juderías. Naturalmente la expresión admite ser aplicada a otras situaciones, y así la encontramos referida a los rusos, estadounidenses, otomanos... Y no solo a los imperios: vale para personajes y hechos diversos. Ahora bien, cuando se habla de leyenda negra rusa o japonesa o napoleónica, la expresión se

entiende por referencia a nuestra historia y a nuestra leyenda, en español y en otros idiomas. Es necesario añadir el adjetivo «rusa», «japonesa» o «napoleónica». De otro modo la frase refiere de forma automática a España.

¿En qué momento se produce esta asimilación? La igualación se desarrolla en los años que siguieron a la publicación del libro de Juderías. En 1949, en el mundo de habla inglesa, el proceso está completamente verificado. En esta fecha, Carlos Dávila publica un artículo titulado «The Black Legend», sin más especificaciones⁹.

En la popular Wikipedia en versión inglesa leemos: «Deriving from the Spanish example the term *black legend* is sometimes used in a general way to describe any form of unjustified demonization of a historical person, people or sequence of events» [Procedente del caso español, la expresión *leyenda negra* es a veces usada de un modo general para describir modos diversos de demonización injustificada de un personaje histórico, un pueblo o una secuencia de acontecimientos]. En la versión francesa se dice más o menos lo mismo: «Une légende noire est une expression désignant une perception négative d'un personnage ou d'un évènement historique. Généralement infondée ou partielle, elle ne peut se confondre avec la vérité historique. L'expression fut introduite à propos de l'Espagne et du peuple espagnol en 1913 par Julián Juderías» [Una leyenda negra es una expresión que designa una percepción negativa de un personaje o un hecho histórico. Generalmente infundada o parcial, no puede confundirse con la verdad histórica. La expresión fue introducida a propósito de España y del pueblo español en 1913 por Julián Juderías].

La definición y negación de la leyenda negra